



MYRIAM PILOWSKY

Hable con ella



**HABLE CON ELLAS,
ESTÁN EN TODAS
PARTES, SOBRE TODO
EN LOS LUGARES DE LA
MEMORIA, RECORDANDO
A LOS SUYOS O AL DOLOR
PROPIO, VIVIDO EN LOS
CENTROS DE TORTURA.
No llevan, como los
sobrevivientes del
Holocausto, un número
estampado en su
antebrazo, pero les cruza
una tristeza profunda en
sus ojos.**

A menos de un mes de "los treinta años" me permito algunas reflexiones sobre el tema de los derechos humanos en nuestro país, que se cumplen sin acuerdo sobre cómo llamar el origen de ese 11 de septiembre de 1973: ¿Golpe de Estado, pronunciamiento militar?

Hay voces más autorizadas que la mía para explayarse acerca de la necesidad de verdad y justicia, de las reparaciones, la calidad jurídica de los detenidos desaparecidos y las referidas a otras esferas del dolor como aquella dejada de por vida en quienes fueron torturados. Historias que van desde la búsqueda incansable de los familiares, plagadas de mentiras y esperas tensas, hasta tímpanos reventados, que están lejos de ser las peores pesadillas.

Hablo, esta vez, desde la mirada de los ciudadanos que no fuimos víctimas directas del dolor y que, sin embargo, estuvimos muchas veces anónima o identificadamente

con las víctimas y sus parientes. Cimentados los tres pilares del Presidente, verdad, justicia y reparación, los ciudadanos debemos hacer lo nuestro: estar con los que sufrieron.

Hay que vencer esa tentación de arrancar, propia de cuando nos vemos enfrentados a dar un pésame. No arranque, sobre todo si por mucho tiempo utilizó frases prefabricadas como "por algo fue" o "en algo estaría metido". Aparentemente habría cierto consenso en que las brutalidades cometidas no tuvieron razón de ser, salvo uno que otro pataleo de nostálgicos golpistas.

Hable con las víctimas, o más bien escúchelas, porque este drama nos afecta a las víctimas y a los ciudadanos.

Hable con la víctima que tenga más cerca y tal vez aparecerán calaveras que no satisfacen a quien esperó más de veinticinco años ni llenan los sueños de madres, esposas o hijos que se reencuentran en algún lugar y en determinada fecha con quién les fue arrebatado.

Hable con ellas y quizás les cuenten sus sueños, como aquel que nos relató la madre del arquitecto Carlos Wolf hace ya veinte años: al cumplirse un año exacto de la desaparición de su hijo, tuvo un colorido sueño que le permitía aseverar entre pedazos de vitrales, traspasados por su "niño", que él había dejado de sufrir.

Hable con ellas, están en todas partes, sobre todo en los lugares de la memoria, recordando a los suyos o al dolor propio, vivido en los centros de tortura. No llevan, como los sobrevivientes del Holocausto, un número estampado en su antebrazo, pero les cruza una tristeza profunda en sus ojos.

Si no quieren hablar, entienda su mutismo y encontrará a otro que sí necesita la expresión ciudadana del Nunca Más. Si creen que usted no es un interlocutor válido porque no sufrió o no los acompañó, sólo comprométase a enseñarle a sus propios hijos el verdadero sentido de ese Nunca Más.